ARGELIA: ¿UNA NACIÓN INACABADA?

Danielle Provansal

Universitat de Barcelona

Portadora de enormes esperanzas, la independencia de Argelia fue vivida e interpretada en su tiempo como una revolución social y política de gran calado para los países del tercer mundo; aportaba la prueba de que, en otro continente y en un contexto diferente, la experiencia cubana podía repetirse y que, progresivamente, "los damnificados de la tierra" iban a levantarse unidos en la misma lucha contra el imperialismo y el neocolonialismo. En efecto, después de ciento treinta años de colonialismo puro y duro y de una cruenta guerra de liberación que se prolongó durante ocho años, la población argelina, en su gran mayoría, celebró la victoria de los *moudjahidines*¹ como su propia victoria, la del "pueblo argelino" unido y solidario en la adversidad como en el triunfo. Más de cuarenta años después, la situación es otra: un país desgarrado por una guerra civil feroz, con dificultad para conseguir reglas de juego mínimamente democráticas, con desigualdades económicas crecientes entre los diferentes sectores de la población, con una emigración que no cesa y, para más INRI, con conflictos regionales agudos, factores todos ellos que demuestran que la unidad del pueblo argelino alentada por la adhesión a la resistencia armada y a su inesperado éxito ya no es tal, salvo en los discursos de los dirigentes y en la mitología oficial.

Es corriente achacar al colonialismo la responsabilidad de la situación actual, lo que no plantea duda alguna si se considera que la época colonial ha sido una eficiente y terrible maquinaria de destrucción económica, social, y cultural, y que en el plano político, ha tenido consecuencias perversas: tal ha sido el vacío al respecto que la forma de Estado de la antigua metrópoli ha sido el modelo referencial, a la vez odiado e imitado, creando una ambigüedad insostenible hasta ahora no superada. Sin embargo, considerar el colonialismo, sin más, como aquel factor que lo explica todo, constituye una media verdad, es decir, desde el punto de vista del análisis científico

1. Literalmente, "combatientes"; en este contexto, resistentes.

significa un paralogismo. En todo caso, no es suficiente para entender por qué la realidad argelina ha transcurrido en las últimas décadas como lo ha hecho. Desgraciadamente, el colonialismo ha afectado a numerosas áreas regionales, pero en cada una de ellas las evoluciones no han sido equivalentes, a pesar de ostentar algunos rasgos estructurales propios de la herencia colonial. Para no caer en el mismo determinismo esquemático, es imprescindible operar una relectura de la historia reciente, y también menos reciente, con el objetivo de encontrar parámetros que se asocian entre sí de forma dinámica, por no decir dialéctica, y tener en cuenta que han evolucionado cada uno a su manera, dentro de la relación que les une, hasta configurar la sumamente compleja realidad presente. Al fin y al cabo, ¿qué realidad social no lo es? Empero, en el caso de Argelia, las contradicciones de las fuerzas en presencia y de las influencias que ejercen convierte esta complejidad en algo aparentemente inextricable, que favorece explicaciones estrictamente psicoculturalistas, según las cuales determinados rasgos, comportamientos culturales y valores implicados en la reproducción social favorecerían situaciones o actos que, a falta de entenderlos desde una posición exterior, se atribuiría una predisposición colectiva a la irracionalidad. Sin embargo, ¿quién tiene la prerrogativa de la razón en un mundo como el nuestro? En el libro *Año IV de la revolución*, su autor —Franz Fanon— abordó la cuestión de la irracionalidad colectiva desde su perspectiva de psiquiatra y la achacó a la violencia del dominio colonial y a la resistencia no menos violenta que se organizó contra él, lo que tuvo como efecto el de desestructurar la solidaridad colectiva y crear una situación de anomia.

En su artículo "Violences" publicado en el libro colectivo que coordina (Carlier 2004) sobre el Estado de guerra en Argelia desde la independencia, Omar Carlier habla de "cultura de la violencia", y se cuida mucho de añadir, a una serie de pautas propias de esta parte del Magreb (sentido del honor, estructuras jerarquizadas en la más pequeña unidad social, temor obsesivo al otro sexo), otra serie de factores externos a dicha cultura pero estrechamente asociados a ella por una relación de causa a efecto, entre los cuales figuran la presión demográfica, el empobrecimiento creciente de las clases populares y la destrucción del lazo social que ello provoca; menciona también la naturaleza misma del poder político, desde el período de Bumedien, y la fuerza de las ideologías o valores supremos que, según él, han justificado lo injustificable en nombre de un principio superior (socialismo, islamismo, etc.).

En la línea de este número monográfico de *Quaderns* sobre la *Nación versus* (el) *Estado*, me gustaría retomar la cuestión de la naturaleza del poder político en Argelia y proponer como explicación a esta "irracionalidad" o esta "cultura de la violencia" la contradicción entre un Estado cuya existencia se impone a todos los niveles y el parto doloroso, hasta ahora no culminado, de una nación argelina que, al inspirarse en el

modelo jacobino del colonizador, se define a través de su unidad indisoluble, a pesar de sus fuerzas centrífugas

Quienes no marcan la diferencia entre el Estado y la Nación y tratan del estado-nación como algo que *va de soi*, sitúan su aparición —o inclusive su reaparición—² en la guerra de liberación. Esta confusión, junto con la que naturaliza el "pueblo", dotándolo de voluntad única y obviando la heterogeneidad de las partes que lo componen, impide justamente explicar lo que ocurrirá después, es decir, la locura colectiva de una guerra civil en la que los argelinos, en su mayoría, no participan como protagonistas, sino como víctimas de facciones que aspiran a apoderarse del aparato de Estado en su provecho. Aquí quisiera oponer, en el caso preciso de Argelia, el Estado a la Nación, inclusive cuando, en la representación colectiva de los que se sublevaron contra el poder francés, la razón misma de esta sublevación residía en la voluntad unánime de hacerles coincidir. De todos modos, y más allá del ejemplo argelino, hemos de recordar que estos dos términos no coinciden nunca completamente, inclusive en los casos históricos en que la oposición entre ambos es menor (Francia en la década de los cincuenta, Argentina en la primera época de Perón, Portugal a raíz de la Revolución de los claveles, Canadá o, inclusive, aunque con matizaciones, Estados Unidos, en el tercer mandato de Roosevelt, después de la Segunda Guerra Mundial, y por supuesto, haciendo caso omiso, en los dos últimos ejemplos, de las reivindicaciones particulares a las "*Native Nations*"). De hecho, corresponden a momentos excepcionales y efímeros en que el conjunto de los ciudadanos se percibe como unidad colectiva, como comunidad de destino, es decir, al fin y al cabo como nación. Podríamos decir que el estado-nación corresponde más a un tipo ideal, tal como los definió Max Weber, que a la designación de una forma política históricamente documentada. Sin embargo, su importancia reside en su eficacia ideológica y en su enorme capacidad de movilización simbólica. A partir de la Revolución francesa, de la que se puso en práctica³ el concepto moderno de nación como conjunto de personas unidas voluntariamente en una comunidad de destino político, mediante un contrato de adhesión colectiva, la nación ha servido de fundamento y legitimación, en otros contextos muy diferentes, al establecimiento y/o consolidación del Estado y de sus

2. El territorio en el que se organizó la revuelta conducida por el emir Ab-El-Khader en el siglo XIX contra la penetración francesa está considerado como el primer estado-nación argelino en la versión oficial de la historia del país, aunque no hubo una sola revuelta o resistencia, sino varias, conducidas por diferentes personajes o entidades, según la zona. Los cabileños no siguieron el llamamiento del emir y se levantaron a la orden de un jefe religioso beréber perteneciente a la cofradía *Rahmania*. En todo caso, esto significa claramente que la oposición a la colonización era plural.

3. Existía una representación de ello anterior.

estructuras arbitrarias. Basta recordar al respecto que las Naciones Unidas no son más que una asociación de Estados con intereses propios por defender, frente a intereses de otros, pero que la ficción de su existencia como naciones permite que, en algunas ocasiones, se consiga superar estos intereses para buscar un mayor entendimiento, a escala internacional.

Volviendo al caso de Argelia, es indudable que la dureza y la arbitrariedad del régimen colonial han cristalizado contra él voluntades y proyectos muy dispares, y que la Guerra de Liberación debe considerarse como una auténtica lucha nacionalitaria —para retomar la terminología de Maxime Rodinson—, y ello a pesar de las sucesivas luchas internas que la marcaron. Quizás sea sólo en estos momentos excepcionales en que la oposición colectiva —en este caso, nacional— a una dominación exterior se manifiesta y que la aspiración por plasmarla en una estructura política concreta que la contenga —un Estado— haga coincidir totalmente ambas entidades en un proyecto común. Sin embargo, una vez conseguido el Estado, puede ocurrir que la nación —como un todo indisoluble— se fragmente en particularismos. Es lo que quiere decir a mi juicio Omar Carlier cuando escribe: "*Née de la guerre, l'Algérie moderne et contemporaine s'est faite aussi dans la guerre. Née de la domination et de l'humiliation, elle s'est mise au défi de l'autre, puis au défi d'elle-même, par deux fois, dans la revanche et la vengeance, dans l'espérance et l'utopie*" (Carlier 2004: 378). Los términos de esperanza y de utopía se refieren en mi opinión a la nación argelina y a su proceso de construcción, mientras que los de revancha y venganza apuntan a la violencia necesaria para controlar el Estado, es decir, en resumidas cuentas, a legitimar esta misma violencia, institucionalizándola al más alto nivel.

Por contraste, en Argelia, la estructura estatal preexiste al proyecto nacional, tal como lo entendemos su formulación contemporánea, muchos siglos antes del desembarque de las tropas francesas en el litoral argelino.

Anterioridad del Estado

Contrariamente a quienes confunden Estado y Nación en sus significados actuales y niegan la existencia en Argelia de una estructura política de tipo estatal previa a la colonización europea⁴, Mohamed Harbi hace observar: "cuando los intelectuales al

4. A notar que era la argumentación del Estado francés ante la sede de las Naciones Unidas, cuando esta organización debía dar su opinión sobre la legitimidad de la lucha nacional. Al contrario, autores como Lahouari Addi (1990) afirman la existencia de la nación argelina anterior al régimen colonial francés situándose en la línea doctrinal adoptada por el Frente de Liberación Nacional (FLN) y sus dirigentes hasta los "años de plomo" (los de la guerra civil), que tuvieron al menos el mérito de incitar a algunos intelectuales a descodificar los mitos oficiales y releerlos

servicio de los predadores actualmente en el poder, o de los islamistas que constituyen la inversa abstracta de aquellos, forjan la idea de una Argelia precolonial sin contradicciones internas, iluminada del esplendor evocador de Granada, borran el hecho de que Argelia antes de 1830 era un Estado pero no aún una nación, que su realidad era la de las desigualdades sociales y de la opresión de los débiles, y que no se puede olvidar los castigos corporales, el estatus de las mujeres y de las minorías no musulmanas. Al ocultar las hipotecas de este pasado, se tiende a reproducirlo, inclusive si se hace de una manera y con un lenguaje que le dan un aire de modernidad" (Harbi 2004).

Con todo, como lo subraya el mismo autor, la dominación otomana no puede interpretarse bajo ningún concepto como una colonización parecida a la francesa, y ello por varias razones: frente a las incursiones europeas, es la propia ciudad de Argel que ha requerido la protección de Istanbul; asimismo, la implantación turca no constituye una verdadera colonia de poblamiento como lo será con los franceses, porque se limita a una clite militar; y, en última instancia, porque la potencia otomana está vista como la defensora del Islam frente a los estados cristianos (Harbi 2004: 28). De hecho, Argelia, a pesar de su estatus formal de provincia del imperio, posee todas las características de un Estado: un territorio con fronteras claramente delimitadas con los países vecinos, una administración local autónoma, dividida en tres zonas administrativas (beyliks) con, a su cabeza, el Dey ubicado en la ciudad de Argel, que encarna un verdadero poder central de cara al exterior, al tener capacidad para negociar con otros Estados para establecer diferentes tipos de acuerdos; en suma, Argelia se presenta como "unidad en el sistema internacional" (*ibidem*). Argelia, es de facto: "independiente en el marco de una vasalidad limitada a formas exteriores" (André Raymond, mencionado por Harbi [2004: 32]). En lo que se refiere al interior, la situación es indudablemente más compleja y se caracteriza por un juego de tira y floja entre las tribus y el poder central, juego esencialmente definido por las necesidades que tiene éste de recursos fiscales. Asimismo, a escala del país entero, diferentes

en este contexto trágico. En lo que se refiere a la opinión de la autora de este artículo, la existencia o la no existencia de la nación argelina antes de la colonización plantea un falso debate, en primer lugar porque la nación en tanto que marco de adscripción de una comunidad sobre un territorio y representación colectiva de la misma es inseparable de su aspiración al Estado -o a una estructura de semejante parecido-, en el contexto de la modernidad europea, si bien no deja de inspirarse de una perspectiva algo europeocéntrica al hacer caso omiso de otras formas de adscripción comunitarias que sean circunscritas a un espacio localmente delimitado, o que remita a otras modalidades de pertenencia y de identificación igualmente movilizadoras, como el parentesco o la adhesión religiosa; y, en segundo lugar, porque no tiene nada de innato y es el resultado de un proceso de construcción en determinados contextos, como lo vamos a ver a continuación.

sistemas de pertenencia —tribales o de linaje, étnico-regionales, religiosos, jurídicos, faccionales y corporatistas— complejifican enormemente el tejido social. Pero como ocurre en semejantes circunstancias, estos sistemas de pertenencia fluctúan conforme las circunstancias y pueden igualmente completarse, solaparse u oponerse los unos y los otros. Algunas organizaciones tribales se opusieron a la presencia otomana, en particular en Cabilia y en la zona de Orán. Pero frente a la implantación francesa, los movimientos de sublevación fueron casi generales, al menos en las zonas rurales, que éstas fueran araboahablantes o bereberohablantes. La única diferencia fue que la conducción de estos movimientos estuvo marcada por particularismos locales y por la influencia determinante de varias cofradías favorables al mantenimiento de la pluralidad segmentaria (Harbi 2004: 34 y ss.). Esta situación completamente inaudita para la potencia ocupante, formada en el jacobinismo más estrecho, le indujo al error. Como han subrayado numerosos autores, ésta se equivocó elaborando una política colonial de división con el objetivo de poner en práctica el famoso lema: "divide y reinarás". El ejemplo más elocuente al respecto es el trato diferencial entre parte de la población bereberohablante, como los cabileños, y la población araboahablante. El proyecto nacional argelino surge, entre otras causas, como rehúso a la imposición de esta política, y favorece que se aglutinen fuerzas e iniciativas aparentemente —o realmente— inconexas u opuestas entre sí.

Aspiración nacional y Movimientos nacionalistas

Si bien la mitología oficial privilegió la influencia del reformismo musulmán, o del "nacionalismo de los ulemas" —como lo llama Lahouari Arbi—, en la constitución de una oposición religiosa a la colonización otras influencias se dejaron sentir. En términos cronológicos, la primera fue de inspiración marxista. Se trata de la creación en Francia por inmigrados procedentes de regiones rurales, en particular de Cabilia, de un movimiento independentista, *L'Étoile Nord-Africaine*. Formado esencialmente por obreros en contacto con las consignas revolucionarias de los sindicatos y de los partidos de izquierda de aquel entonces, elige anteponer a la lucha internacionalista de la clase obrera el combate anticolonialista, tanto más que el frente popular de 1936 despierta expectativas rápidamente apagadas y pone de relieve la divergencia insuperable de intereses entre el proletariado francés y los inmigrados procedentes de las colonias. Convertido en el PPA —Partido del Pueblo Argelino—, este movimiento extenderá su influencia a otros sectores sociales y contribuirá a constituir una base social, a la vez muy amplia e interclasista; luego, declarado ilegal, se reconstituye bajo el nombre de *Mouvement pour le triomphe des libertés démocratiques* (MTDL) y servirá de

substrato al *Front de Libération Nationale* (FLN)⁵ cuando estalle la guerra de liberación.⁶ Se puede apreciar al respecto la contradicción en que incurría la potencia colonial. Bajo el pretexto de "civilizar y "modernizar" a la sociedad indígena —sin por ello convertirla totalmente a su imagen, ya que la explotación de los colonizados era su verdadera razón de ser—, la colonización implanta, de forma muy restrictiva, algunas de las estructuras de enseñanza de Francia: "[...] *l'enseignement mis en place par l'Etat colonial a des effets ambivalents. D'une part, il crée une brisure entre le peuple et les élites nouvelles, d'autre part, il dispense une formation culturelle propre à éveiller le sentiment national. En effet, l'école inculque des notions nouvelles: le peuple, la nation, la souveraineté populaire, l'égalité.*" (Harbi 2004: 38).

La otra fuerza decisiva en la lucha nacional ha sido el reformismo musulmán. Creado en 1931 por el Cheikh Ibn Badis, la asociación de los Ulemas de Argelia se da como prioridad luchar contra el marabutismo —aquella versión popular del Islam, desacreditado en varios contextos por su colaboración con el poder colonial—, y sobre todo restaurar los auténticos valores de la religión musulmana, entre otros, el igualitarismo; finalmente alienta para que la lengua árabe tenga el lugar que le corresponde. El movimiento de los Ulemas argelinos se inscribe en el contexto más amplio de la *nadba* o renacimiento de la fe y de sus preceptos, que, desde el principio del siglo XX, había surgido en Medio Oriente (Addi 1990: 31). La influencia creciente del reformismo musulmán, no solamente en Argelia, sino en todo el Magreb, y particularmente en los centros urbanos y en los sectores sociales de comerciantes, administrativos o pequeños funcionarios se explica en gran parte por su tolerancia frente al modernismo científico. "*Les réformiste libèrent de toutes les craintes et inhibitions, portant leur effort sur la capacité de l'Islam à s'articuler au modernisme. Abdelhamid Ibn Badis invite les jeunes musulmans à acquérir et maîtriser les sciences et les techniques qui font la puissance des occidentaux. Ces sciences et ces techniques ne sont pas du tout incompatibles avec l'islam, bien au contraire, de nombreux hadith commentés amplement par la presse réformiste, invitent à la connaissance scientifique*" (*ibidem.* 35).

Esta actitud es coherente con el rechazo de costumbres occidentales consideradas como disolutas y apunta a la recuperación de una identidad argelina auténticamente arabo-musulmana mediante la recuperación o la conservación de elementos

5. La historia de la oposición argelina al régimen colonial es mucho más complicada y se caracteriza por luchas de facciones y enfrentamientos ideológicos que no podemos abordar aquí. Me limito por consiguiente a los aspectos que me parecen más relevantes, habida cuenta de lo que ocurrirá a partir de la independencia.

6. Creado en 1937, el PPA será disuelto en 1939 y permanecerá clandestino hasta 1954, año en que constituirá el núcleo principal del FLN.

culturales propios y como alternativa a la política asimilacionista de las elites llevadas a cabo por el sistema colonial.⁷

Omar Carlier subraya (1995: 217) la profunda originalidad de esta conjunción de influencias de inspiración muy distinta: "*Aucun mouvement indépendantiste arabe ne paraît comme celui-là organiquement et mentalement inscrit dans la contradiction mimétique de "l'orient " et de "l'occident" "*". Asimismo, este mismo autor subraya la convergencia entre el igualitarismo preconizado por el PPA y la obligación de justicia y de equidad central en el Islam y recordado por el Islah (reformismo): "*en fait cette vision "égalitariste" des droits (hokouk) qui remonte aux chaldéens, conjugue deux "traditions"; celle de 1789 véhiculée par le civisme scolaire et la république des professeurs, celle qui vient u vieux fonds égalitaire de l'islam" "*".

Sin embargo, esta convergencia, por ambiciosa y original que sea, no consigue suprimir las jerarquías existentes, los estatus diferenciados, los particularismos y faccionalismos locales. Algunos autores no dudan en hablar al respecto de populismo (O. Carlier, L. Addi), ya que la oposición generalizada al colonialismo no consigue anular las múltiples líneas de divergencias en torno al modelo deseado de nación argelina que se manifestarán desde la creación del PPA, se prolongarán durante la guerra de liberación y seguirán, una vez conseguida la independencia, hasta nuestros días. Por ello, propongo invertir el eje temático que vertebra este monográfico a fin de hablar de Estado versus Nación argelina, preferentemente a la Nación versus el Estado.

Las fuerzas centrifugas

Éstas son numerosas y se manifiestan en todos los planos de la realidad, en el ámbito económico, social, cultural, lingüístico y religioso, pero me parece que hay dos que son de mucho mayor calado por su incidencia en acontecimientos recientes: se trata del particularismo bereber y del islamismo radical.

El particularismo bereber

Esta cuestión ha inspirado numerosos escritos y sigue todavía enfrentando a opiniones. No voy a exponer aquí los criterios de legitimación sobre los que estas opiniones se sustentan y que, por regla general, operan a partir de una determinada lectura de la

7. Para obtener la nacionalidad francesa, con la plenitud de los derechos que ésta implicaba, los argelinos debían renunciar a su estatuto personal de musulmán en virtud de la laicidad de la República francesa. Esto significaba abandonar su idioma, sus creencias y las costumbres que las rigen.

historia no exenta de partidismo, sino que me voy a referir esencialmente a "la manera en que el imaginario reconstruye lo real que lo ha producido" (Carlier 1995: 239). A mi juicio, en este ámbito, la veracidad de los hechos cuenta menos que la fuerza impactante de la representación. Conviene ante todo recordar que el régimen colonial ha diferenciado netamente el trato hacia las poblaciones arabohablantes del de las bereberohablantes. En el caso de Cabilia, región lingüística con límites imprecisos y, a veces controvertidos⁸, situada al noreste de Argelia, este trato diferencial es conocido como el "mito cabileño". Consiste en oponer lo árabe a lo cabileño —éste, como ejemplificación de lo bereber—, en tanto que culturas y sociedades de la que la primera entra en la categoría de "bárbara, atrasada y decadente", mientras que la segunda está considerada, según la misma estructura de oposición, como "civilizable, abierta y dinámica".⁹ Esta parte de Argelia va a ser objeto de una política asimilacionista en toda regla: el número de escuelas públicas o religiosas que enseñan en francés será mucho mayor que en otras partes. Esto favorece la formación de pequeños cuadros que estarán empleados en determinados servicios coloniales (auxiliares administrativos, enfermeros, maestros de escuela) y que, debido a su experiencia profesional, se encontrarán en una posición ventajosa en el momento de la independencia. Asimismo, durante el régimen colonial, Cabilia tiene un régimen especial en cuanto a derecho civil privado: se mantiene el *urf*, el derecho consuetudinario en esta materia, mientras que en otras regiones esta competencia incumbe a los tribunales musulmanes con el *cadi* a su cabeza. Sin embargo, y esto es una paradoja que tiene su valor explicativo —como veremos a continuación—, Cabilia, región esencialmente rural y secularmente pobre, fue duramente castigada por la resistencia que manifestó a la penetración francesa y por las rebeliones que, hasta prácticamente el siglo XX, movilizaron la población contra el sistema colonial. Por ello, fue la región que dio más emigrantes argelinos a las fábricas francesas y fueron ellos que se iniciaron los primeros, y antes que otros, a los ideales socialistas y a la lucha proletaria y anticolonialista.

8. "Imazighen est une appellation complètement inusitée en Kabylie. Les autochtones qui connaissent mal les limites précises qu'ils s'assignent se désignent par noms de tribu (*atb...*)..." (Carlier 1995: 239).

9. La bibliografía sobre el tema es muy abundante. Me voy a limitar a mencionar los trabajos más recientes: Moula Bouaziz y Alain Mahé, "La Grande Kabylie durant la guerre d'Indépendance algérienne" en B. Stora y M. Harbi, *op.cit.*, 227-265; Nedjma Abdelfettah Lalmi (2004) "Du mythe de l'isolat kabyle", *Cahier d'Etudes Africaines*, XLIV (3), n° 175, pp. 507-531. Camille Lacoste-Dujardin (2001) "Géographie culturelle et géopolitique en Kabylie. La révolte de la jeunesse kabyle pour une Algérie démocratique", *Hérodote*, n° 103, pp. 57-90; Mohamed Brahim Salhi (2002) "Le local en contestation: citoyenneté en construction. Le cas de la Kabylie", *Insanijal*, n° 16, Alger, pp. 55-97.

¿"Argelia argelina" o "Argelia arabomusulmana"?

La convergencia a la que se ha hecho referencia anteriormente entre el nacionalismo musulmán y el socialismo revolucionario era imprescindible para crear una amplia plataforma de resistencia social al sistema colonial y movilizar tanto a la población de las ciudades, como a la de áreas rurales y, por supuesto, de los lugares de inmigración. Sin embargo, no fue una asociación fácil. Desde el principio hubo divergencias importantes entre líderes cabileños, en particular entre los que eran comunistas y luchaban por una "Argelia argelina" democrática y laica, en que se tendría en cuenta la pluralidad cultural y lingüística del país, y reformistas nacionalistas, entre los cuales varios eran de origen cabileño pero no probereberistas, y que consideraban que el Islam era el factor identitario más importante, es decir, que prevalecía sobre cualquier otro, entre ellos las particularidades lingüísticas de carácter divergente, por lo que defendían, como el partido de los Ulemas, una "Argelia arabo-musulmana" englobada a escala internacional, en conjuntos más amplios, la nación árabe y la *Umma* —la comunidad islámica—. Mencionemos al respecto la crisis "bereberista" de 1949, que Mohamed Harbi describe de la siguiente manera: "El conflicto se originó a causa de la puesta en tela de juicio del funcionamiento antidemocrático del partido, se extendió al rechazo de la concepción arabo-islámica de Argelia y planteó, bajo el pretexto de pluralismo cultural, la cuestión de la organización territorial del partido sobre la base del criterio lingüístico. Una vez resuelta burocráticamente, la crisis se concluyó con la exclusión de los principales portavoces del movimiento bereber" (Harbi 1980: 33).

Aquí, las opiniones difieren. Para unos, comprueba la fuerza del particularismo bereber a lo largo de la historia; para otros son excepciones anecdóticas en la construcción de un verdadero estado-nación argelino. Así, Moula Bouaziz y Alain Mahé precisan: "*Avant et durant la guerre, les Kabyles ont pris plus que leur part dans le mouvement national, toutes tendances confondues. [...] La lutte pour l'indépendance y a réalisé une union sacrée qui a permis, précisément, de réprimer brutalement les voix discordantes.*" (Bouaziz y Mahé: 258, véase también 227-265).

Es necesario subrayar, de todos modos, que si bien en la lucha armada "bereberistas" y "arabistas" establecieron alianzas tácticas, no se puede negar que hubo serios conflictos ideológicos, por no decir fracturas, a veces irreparables. Todavía quedan muchas sombras de este período, a pesar de que varios científicos sociales argelinos están buscando disiparlas con una enorme valentía, y que intentan explicar los "años de plomo" de la guerra civil. Se sabe hoy en día que el FLN impuso su dominio sobre el conjunto de las corrientes que luchaban contra el colonialismo sin reparar en los medios, como lo remarca Mohammed Harbi (2004: 43), es decir con autoritarismo y

mentalidad de clan, a veces recurriendo al terror. Para volver a la cuestión bereber, o más exactamente cabileña en este contexto, los jefes militares cabileños esperaron una contrapartida política a su lealtad durante la guerra por parte del primer gobierno de Argelia independiente. No obstante, el primer gobierno de Ben Bella no incluía ningún cabileño, lo que provocó la retirada de estos jefes en su región de origen en una situación de semi-insubmisión. El conflicto fronterizo con Marruecos al año siguiente, les hizo deponer su actitud y participar en la defensa del territorio argelino. Con la toma de poder de Bumedien se consolidó el Estado, apelando a la unidad de la nación¹⁰ y a la recuperación de una identidad propia, anterior al episodio francés. Ésta fue definida exclusivamente a partir del patrimonio cultural árabe, siendo la dimensión islámica indisociable de éste. Esta recuperación se inició con una ley de arabización de la sociedad, empezando por los funcionarios que seguían utilizando el francés. No se adoptó la variante local del árabe —el llamado árabe dialectal—, sino el árabe moderno, culto y normalizado de Egipto, que solamente una ínfima parte de intelectuales argelinos comprendía y hablaba. Además, en su aplicación, la ley no contemplaba como opción realista la posibilidad del bilingüismo, por no decir del trilingüismo, dado el número elevado de cabileños que, por la emigración y la escolarización, hablaban francés antes que el árabe culto —por ello, levantó ampollas en Cabilia— (Yacine 2001: 42-51). Hemos de saber que en ese período muchas mujeres adultas no habían sido escolarizadas o muy poco escolarizadas. El bereber era en la mayoría de los casos la lengua de "las madres", inclusive si, al exterior, se practicaba el árabe dialectal o el francés. La marginalización de la lengua bereber, junto con los problemas económicos y sociales que, a partir de la década de los setenta, acucieron Cabilia, entre otras zonas rurales —paro de los jóvenes, falta de medios para mejorar la formación, inflación de los productos básicos de consumo, burocratismo e ineficacia de los servicios públicos, junto con la creciente corrupción de las elites—, provocaron en 1980 una revuelta de jóvenes estudiantes cabileños.¹¹

En la primavera de 2000 se celebró el aniversario de esta revuelta con numerosos incidentes. Al año siguiente, en la primavera de 2001, una gran parte de la *wilaya* (provincia) de Gran Cabilia se sublevó contra la gendarmería, que mató a un joven

10. Quizas sea de interés señalar que el modelo de referencia de la clase política argelina y, más particularmente, de los miembros del gobierno en aquel entonces era De Gaulle y su visión heroica de la unidad nacional, como lo pude oír personalmente de algunos entre ellos.

11. Este movimiento, llamado "la revuelta de la cerezas" porque tuvo lugar durante una fiesta del mismo nombre que celebra la recogida de los primeros de estos frutos, evoca de manera implícita todas las primaveras revolucionarias en las que, metafóricamente, la renovación de la naturaleza llama a la renovación de la situación política. A raíz de esta revuelta, se creó el *Mouvement pour la Culture Berbère* (M.C.B.), que canalizó las protestas.

durante la celebración de este mismo aniversario. Las protestas se extendieron a lo largo de varias semanas y los cabileños pudieron hacer oír sus reivindicaciones, entre las cuales, la de sus derechos lingüísticos. Sin entrar en detalle en el complejo mapa electoral y en la naturaleza de los partidos políticos en la incipiente democracia argelina, podemos decir sin embargo que la existencia de dos partidos bereberes —el *Rassemblement pour la Culture et la Démocratie* (RCD) y el *Front des Forces Socialistas* (FFS)— aportan la prueba de un regionalismo bereber, cada vez más pujante, que desea afirmarse a escala nacional, aunque, según Tassadit Yacine (*ibidem*: 49-50), son partidos que están más preocupados por conquistar parcelas de poder en la administración central que defender derechos culturales, por legítimos que sean. Como lo precisa la misma autora: "La cultura bereber, como muchos problemas que se plantean en Argelia, es utilizada en la lucha entre las diferentes facciones del poder. Pero no se puede hablar propiamente de una voluntad real de reconocer esta cultura" (*ibidem*: 50).

El islamismo radical

Como se ha dicho ya, el *Islah*, la reforma, participó activamente en la configuración de un nacionalismo original, capaz de oponerse al colonizador y de aglutinar sectores sociales, preferentemente urbanos, aunque no exclusivamente, de pequeños letrados, comerciantes y de pequeños y medianos propietarios. Fue, por consiguiente, un elemento determinante que atrajo estos sectores sociales por su capacidad de combinar modernidad e Islam como se ha subrayado ya. Pero la inmensa mayoría de la población argelina, analfabeta, sea en árabe o en francés, no estaba preparada para asimilar esta vía novedosa. La religión llamada popular —culto a los santones, peregrinaciones a los santuarios, sesiones de curación por vía del trance— y la influencia de algunas cofradías seguían en pie en numerosas zonas rurales y también en las ciudades, y se asociaban, sobre el plan sociológico, con un tradicionalismo propio de las estructuras patriarcales. El reformismo musulmán fue sobre todo cosa de las elites intelectuales y políticas arabizadas y permaneció alejado del resto de la población. Los sectores sociales menos favorecidos fueron sometidos a otras influencias de tipo político-religioso, cuando no permanecían en su tradicionalismo ancestral. Por último, este reformismo asociado al nacionalismo árabe no escapó al descrédito que cayó, primero sobre las elites musulmanas durante la colonización (Zghal 2001: 25-52, esp. 34-35) y luego sobre los gobiernos independientes.

Por otra parte, la política de arabización iniciada en 1971 se enfrentó con problemas de muy difícil solución: debido a la aculturación forzada provocada por la colonización, Argelia no tenía suficientes personas competentes en la enseñanza del árabe.

Se hicieron venir, entonces, maestros de Medio Oriente que solían ser maestros de escuelas coránicas. Recordamos al respecto que la enseñanza del árabe se suele hacer a partir del Corán y, salvo en las medersas, se limita a menudo a leer y recopiar el texto sagrado. Muchos de estos *talib*, con un nivel cultural muy rudimentario, enseñaban y practicaban un Islam extremadamente rigorista y devinieron unos de los vehículos de la introducción del radicalismo islámico. Aquí es preciso abrir un inciso y distinguir éste del reformismo, tal como lo hemos abordado. Ambos preconizan una vuelta al mensaje original del Islam, a la pureza de la doctrina, pero, mientras el reformismo busca combinar modernidad y seguimiento de la doctrina religiosa, el segundo rechaza la modernidad en su definición occidental: "La solución a todos los males de la modernidad/modernización es el retorno a las raíces del Islam político: la comunidad idealizada de los primeros califas, el Estado de Medina que constituye la Edad de Oro referencial del Islam político." (Segura 1994: 266).

Este rechazo es más o menos drástico, si bien en su versión extrema rechaza, además del capitalismo como fuente de desigualdades, la democracia y la representación parlamentaria que implica, así como la libertad de expresión, que, a la vista de la imagen que da el mundo occidental, conduce inevitablemente a la degradación de las costumbres. Una sola ley aceptable es la *charia*, tal como se desprende del Corán. Sin duda alguna, como lo hicieron observar varios autores, ha sido una reacción a los efectos perniciosos del colonialismo, a la humillación y a la desculturación que ha provocado. Cuando yo vivía en Argelia (1970-1972), los Hermanos Musulmanes (*Ikwan el Muslimin*)¹² hacían hablar de ellos y el diario de Argel, el *Moudjabid*, les dedicaba periódicamente columnas enteras por los escándalos de los que eran responsables. Solían romper los cristales de los bares sospechosos de servir alcohol o esperaban a la salida de los institutos a las jóvenes estudiantes que iban con faldas por encima de la rodilla para pintarles las piernas de rojo, aunque en aquel entonces estas acciones, por espectaculares que fueran, no superaban el nivel de la anécdota excéntrica. En cambio, después de la muerte de Bumedien y a partir del gobierno de Chadli Benyedid, el abandono progresivo de las conquistas sociales y del ideal socialista, el aumento de la corrupción de la clase dirigente —inversamente proporcional a las dificultades crecientes de la gran mayoría de la población—, la incapacidad del gobierno en manos de un partido único cuya función histórica se había acabado desde hacía mucho tiempo, y, finalmente, el poder en la sombra del ejército, acabaron creando una situación explosiva. En 1988 estalló una revuelta popular de gran alcance, a raíz de la

12. Se trata de una cofradía fundada en Egipto en 1929 por Hassan-el-Banna, joven institutor que preconizó la lucha contra la presencia británica en la región de Suez y la extendió a toda forma de influencia occidental, siendo los preceptos del Corán los únicos reglamentos a los que los musulmanes se debían someter.

cual el FLN se vio obligado a compartir el poder con otras opciones ideológicas que no eran realmente compatibles entre sí, siendo éste el caldo de cultivo de una futura e implacable lucha para el poder. En las elecciones municipales de 1990, la opción islamista —el *Frente Islámico de Salvación (FIS)*— sale victoriosa. Esto le da una posición estratégica inmejorable, ya que le permite conocer los problemas cotidianos de la población; además, su fama de integridad y su puesta en práctica de la obligación coránica de ayuda a los más necesitados explicarían en gran parte su victoria arrasadora en la primera vuelta de las elecciones legislativas, a finales de 1991. Conocemos lo que sigue: el ejército interrumpe el proceso democrático y lleva a cabo una represión feroz, a la que diferentes grupos armados de islamistas radicales replican, tales como el Ejército Islámico de Salvación (AIS), los Grupos Islámicos Armados (GIA) o el Grupo Salafista para la Predicación y el Combate (GSPC) (Jacoste-Dujardin 2002: 57-91). La situación se vuelve entonces cada vez más confusa, con el terror sin nombre en cada campo como único horizonte posible. Durante aproximadamente una década, la guerra civil se apodera de una sociedad que no ha sabido superar sus permanentes divisiones ideológicas para construir un consenso nacional mínimo y cuyo Estado, nacido de la guerra de independencia, se ha convertido en autoritario y corrupto. Se trata de un Estado claramente patrimonial, para tomar de prestado la expresión que Lahouari Addi ha utilizado en su tiempo para calificar las empresas nacionales. De hecho, es todo el aparato de Estado lo que es "patrimonial", en la medida en que se encuentra en manos de una minoría privilegiada cuya función principal consiste en confiscar la renta petrolífera en su propio beneficio en lugar de paliar las graves deficiencias de la sociedad en su conjunto. Para quienes piensan que el Estado no es más que la violencia institucionalizada al servicio de intereses particulares que se enuncian como intereses públicos, esta situación estaría en la lógica de los hechos. Sin embargo, me parece que existen distintos grados y que, a pesar de todo, hay una diferencia, por cierto relativa, entre un Estado sobre el cual se ejerce un control de la sociedad civil mediante instituciones legítimas y eficientes, y un Estado que se erige por encima de la misma sociedad civil e inclusive contra ella o parte de ella.

En los últimos dos años, la lenta pero progresiva democratización del sistema parece tener capacidad para erradicar la violencia. Sin embargo, ¿hasta que punto esto significa que el Estado argelino, después de tantas pruebas, tantos conflictos y tanta sangre derramada esté dispuesto a abandonar la ficción de la homogeneidad cultural de la nación y a buscar los medios de conciliar los valores religiosos fundadores de la identidad colectiva con la libertad y la igualdad de tod@s l@s ciudadan@s? Por ahora, nada lo indica. Aparte algunas alusiones a la cuestión bereber en algunos discursos electorales, el presidente Bouteflika no ha tomado ninguna medida concreta.

Asimismo, el código de la familia, el más retrógrado del Magreb en lo que se refiere al estatus de la mujer, sigue en pie. ¿Sería que la aparente democratización del juego político tendría como único objetivo operar los cambios necesarios para que nada cambie, es decir, para favorecer la reproducción social de la misma clase política? Volviendo a lo que decía al principio, para que finalice la construcción de un Estado-nación argelino en el que pueda reflejarse e identificarse el conjunto de la sociedad civil, más allá de sus divisiones partidistas y de sus particularidades culturales y lingüísticas, es menester que la historia reciente o la historia más remota no sea confiscada en provecho exclusivo de una determinada élite como mito oficial obligado, sino que sea releída y asumida como ha sido realmente, o sea, contradictoria y, a pesar de su dureza —¿pero qué historia no lo es?—, tenazmente plural. A mi juicio, es la única manera para que ejerza una función colectiva de movilización simbólica en el futuro.

BIBLIOGRAFÍA

- ADDI, L. (1990) *L'impasse du populisme. L'Algérie: collectivité politique et État en construction*, Alger: Entreprise Nationale du Livre.
- BOUAZIZ, M. y MAHE, A. (2004) "La Grande Kabylie durant la guerre d'indépendance algérienne", en STORA, B. y HARBI, M. (eds.) *La guerre d'Algérie 1954-2004, la fin de l'amnésie*, París: Robert Laffont.
- CARLIER, O. (1995) *Entre Nation et Jihad. Histoire sociale des radicalismes algériens*, París: Presse de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.
- CARLIER, O. (2004) "Violences", en STORA, B. y HARBI, M. (eds.) *La guerre d'Algérie 1954-2004, la fin de l'amnésie*, París: Robert Laffont.
- HARBI, M. (1980) "Nationalisme algérien et identité berbère", *Peuples Méditerranéens*, n° 11 (abril-junio).
- HARBI, M. (2004) "L'Algérie en perspectives", en STORA, B. y HARBI, M. (eds.) *La guerre d'Algérie 1954-2004, la fin de l'amnésie*, París: Robert Laffont.
- LACOSTE-DUJARDIN, C. (2002) "Géographie culturelle et géopolitique en Kabylie. La révolte de la jeunesse kabyle pour une Algérie démocratique", *Hérodote*, n° 103, pp. 57-91.
- SEGURA, A. (1994) *El Magreb. Del colonialismo al islamismo*, Barcelona: Universitat de Barcelona.
- YACINE, T. (2001) "Conflictos lingüísticos e identitarios: la berberidad", *Quaderns de la Mediterrània*, n° 2, Barcelona, pp. 42-51.
- ZGHAL, A. (2001) "Crítica de la hipótesis de la incompatibilidad del islam con los valores de la sociedad civil", *Quaderns de la Mediterrània*, n° 2-3, Barcelona, pp. 25-51.

RESUMEN

La independencia de Argelia tuvo valor emblemático para los entonces llamados países del Tercer Mundo porque aportó la prueba de que la victoria contra el imperialismo era posible. Para el pueblo argelino significó no solamente una liberación sino también una revolución dado que, según sus primeros gobernantes, marcaba el inicio de una experiencia vanguardista en que el socialismo aliado al neutralismo y a la recuperación de la identidad arabomusulmana iba a contribuir a la construcción de una sociedad nueva. Hoy en día y después de una guerra civil particularmente sangrienta, estas esperanzas se han disipado. Las desigualdades económicas persistentes entre los diferentes sectores de la población, la emigración que no cesa, la dificultad en establecer reglas de juego realmente democráticas y conflictos regionales agudos hacen dudar de la realidad de una nación argelina que, dentro de las fronteras del Estado actual, se representaría a sí misma como unidad de destino. Esto incita a echar una mirada al pasado, y más allá del mito oficial de la nación argelina anterior a la colonización, a intentar analizar el impacto de las fuerzas centrífugas. Antes de la colonización, Argelia era un estado de facto, ya que su estatus de vasalidad con respecto al Imperio Otomano era esencialmente formal, si bien la situación interior, compleja y caracterizada por sistemas de pertenencia fluctuantes, hizo creer erróneamente al colonizador que podía utilizar un particularismo contra otro. Si bien el régimen colonial fue tremendamente depredador y dejó un país económicamente dependiente y una sociedad socialmente desestructurada y culturalmente desculturada, no es el único causante de la situación actual. Varios modelos de nación se enfrentaron ya durante la época colonial y la guerra de liberación, que los dirigentes no supieron plasmar en un marco consensual, a pesar de que el reformismo musulmán lo intentó. En las dos últimas décadas, las fuertes reivindicaciones bereberistas llevadas a cabo por los cabileños y el ascenso del islamismo radical configuran un Estado cuyo modelo de nación no se corresponde con una realidad mucho más plural.

ABSTRACT

The independence of Algeria had an emblematic value for the so-called Third World countries since it proved that victory against imperialism was possible. For the Algerian people it meant not only liberation but also a revolution since, according to their first governors, it set up the beginning of an exemplary experience in which socialism allied with neutralism and the recovery of Arab Muslim identity should contribute to the making of a new society. Nowadays, and after a particularly ferocious civil war, those hopes have vanished. Economic inequalities which persist between different sectors of the population, continuous emigration, problems in setting up genuine democratic institutions and sharp regional conflicts cast serious doubts

on the reality of an Algerian nation which, within the boundaries of the current State, would represent itself as a unity of destiny. This incites us to have a look into the past, and beyond the official myth of the Algerian nation before colonisation, try to analyse the impact of centrifugal powers. Before colonisation, Algeria was a *de facto* state, since its status of dependence on the Ottoman Empire was essentially a formal one, even though the situation before, complex and with fluctuating systems of belonging, made the coloniser erroneously believe that particularisms could be thrown against each other. Even though the colonial regime was highly predatory and left behind an economically dependent country and a socially de-structured and culturally de-cultured society, it cannot be seen as the only factor responsible for the current situation. Several models of nationhood confronted each other during the colonial regime and the liberation war. But the leaders did not know how to turn them into a consensual framework, despite the fact that Muslim reformers did their best. In the last two decades, strong Berber claims by the inhabitants of the Kabil and the rise of radical Islamism give rise to a State with a nationhood model that does not correspond to a much more plural reality.